

Palabras con Georgette de Vallejo¹

“Como una estela de tu muerte”

Ernesto González Bermejo

Cuando la puerta se abre, entro al pasado, un tiempo detenido, con el olor de los gladiolos marchitos. Dos gatos simétricos duermen sobre un libreto. Las paredes tristes y desnudas —solo una foto del Che con los ojos abiertos a la muerte— y las voces de la avenida Arequipa, que se apagan contra las ventanas cerradas. Un texto en el muro, sobre una mesa: ¿Volverás a París? ¿A París? “Yo nunca he dejado París”.

Fuimos dos paralelas con Vallejo; nunca lo comprendí completamente. El cerquillo sobre la frente, un poco colegial: los ojos claros, desorbitados, la mirada fija. Un rostro que fue bello, dignamente ajado. *No, no hay aquí ningún recuerdo de Vallejo desde que nos separamos, mucho tiempo después de su muerte.* Pero vuelve con un atado de manuscritos aún inéditos, recorre otra vez las páginas cruzadas de correcciones, vigiladas, acariciadas durante cuarenta años.

El sufrimiento de los niños del mundo y los gatos es todo lo que tengo, todo lo que me preocupa. No llegó una sola tarjeta de Navidad a esta casa. Y una sola visita: la del veterinario.

Enciende cuidadosamente un cigarrillo: la mirada se le queda en llama; la llama se apaga.

Me vuelve a poner los ojos en los ojos y recibo una desesperada soledad, la terrible y amorosa inmortalidad de un recuerdo y una voz monocorde, opaca, que va nombrando este pasado y la presencia de un hombre sentado junto a nosotros.

Él era muy seco: una vez que escribía —yo no sé por qué, porque yo era muy discreta—, me acerqué sin pensar que iba a dejar de escribir, me asomé por detrás de él y lo besé. Y él me apartó la mano. Y yo me quedé tan herida que nunca más, nunca más hice un gesto parecido. Así era, a tal punto que, muerto él, me bastaba su mano y su mascarilla. Solo sentía que me faltaban sus pasos. Pero me dormía agarrada a su mano y no tenía sensación de su muerte.

Nos conocimos de una manera muy curiosa, un poco ridícula si usted quiere. Usted sabe que los sudamericanos hacen muchos gestos al hablar. Y yo veía en la casa de enfrente, contra la luz tamizada de una pantalla de muy mal gusto, a unas personas discutiendo, gesticulando. Era invierno y las ventanas estaban cerradas. Y yo, conmovida, le dije a mi madre: “Pobres los vecinos de enfrente, son sordomudos”. Llegó la primavera; un domingo, yo estaba asomada a la ventana y los vi gesticulando como siempre, pero también oí

1 Publicada en el número 691 de la revista española *Triunfo* (abril de 1976), que era un medio de la resistencia intelectual al franquismo. La viuda de Vallejo tenía entonces sesenta y ocho años y radicaba en el Perú, en el edificio Marsano de Miraflores, desde hacía veinticinco años.



su voz. "¡Mamá, el vecino de enfrente habla!". Así, de esta manera, empezaron las cosas. Por eso puse atención en él.

Nunca comprendí completamente a Vallejo, en vida. Ahora sí, ahora que llevo viviendo veinticuatro años en el Perú empiezo a comprender y quizá aunque viviera cien años no terminaría mi aprendizaje. Los serranos son gente que parece tonta y humilde y son de una inteligencia temible; los serranos son así. Con su mirada de corto de vista y de repente tienen relámpagos geniales.

Creo en la predestinación. Cuando entré al colegio tenía once años, y como todas las colegialas, soñaba con mi príncipe encantado. Yo era un tonel, era monstruosa y la mitad de los profesores me consideraba inteligente y la otra mitad me tenía por una retrasada mental. Yo dibujé el perfil de mi futuro príncipe encantado y ese príncipe tenía treinta y cinco años, era sudamericano... y poeta. El perfil era exactamente el de Vallejo. Y si usted hubiera visto a aquella muchacha soñando con un poeta hubiera dado razón a la mitad de los profesores que me tenían por una retrasada mental.

Yo era muy bruta, no estaba preparada para esa vida. La pequeña burguesía francesa estaba hecha para el comercio. Estudiaba piano, leía cosas insustanciales, jamás tuve una conversación interesante con mi madre.

Mi nombre de soltera era Georgette Phillipart. Nací un día de 1908 en que si Dios no estaba

enfermo, por lo menos estaba de un pésimo humor. Tuve muy mala salud. A los seis años contraí tuberculosis en una pierna. Y como también llegaba la guerra, mis padres me mandaron a Bretagne. Mi padre era dibujante, mi madre era modelista de vestidos. Fue una infancia atormentada. Recuerdo todavía mis sueños. En uno me paseaba por una eternidad gris y tenía mi cabeza cortada, la llevaba en mi brazo izquierdo y mi cabeza cantaba.

Lo único que contaba para él era su obra, lo único. Y me lo confesó alguna vez. Siempre me traía sus artículos o Trilce. Un día me mostró esos papeles y me dijo: "Eso no es mi obra. Yo tengo otra obra por hacer muy importante". Nos tratamos tres meses y un día desapareció. Mi madre cae enferma, se muere y ese día regresa Vallejo a la calle Molière. Me vino a presentar las condolencias y me dijo, así como si me dijera: "Por favor, alcánceme los fósforos", que debíamos vivir juntos. Y yo no dije ni sí ni no, siguió con la conversación, pero ni por un momento pensé en decir que no. Sin estar enamorada, hace tiempo sentía que tendría que ser así: era la predestinación.

Toda la obra de Vallejo está penetrada, amasada de política, de masas. Se ve claramente en su teatro. Su poesía forzosamente ha resultado también así: No solo formalmente es revolucionaria; si usted le da vueltas, siempre encuentra una base política. No había otra cosa que conmoviera más a Vallejo, que le doliera más, que la injusticia del mundo. Él

estaba desde su nacimiento, y prenatalmente, destinado a sufrir por el sufrimiento de los demás. Fue a Rusia y volvió convencido, y durante dos años y medio no estudió otra cosa que el marxismo. Tenía una memoria extraordinaria, mucha claridad y, como se dice, muchas cuerdas en su arco. Ahora hay psicólogos que dicen que había estudiado psicología, sociólogos que dicen que había estudiado sociología, psiquiatras que dicen que había estudiado psiquiatría, y es verdad que en sus poemas aparecen cosas verdaderamente asombrosas en todos esos campos.

Y políticamente era lo mismo: Tenía intuiciones que lo llevaban a donde tenía que ir, y volvió de Rusia y empezó a estudiar y empezó a ver. ¡Se escriben tantas calumnias, tantas tonterías sobre él! Cuánto le dan a Vallejo, como a un pobre diablo que pide dinero a todo el mundo, que se emborracha, no había alguien más asceta que él, y como no bebía nunca, medio vaso de cerveza lo mareaba. Se levantaba a las siete y media. A las ocho yo le daba el desayuno y me iba a trabajar. No tenía nada de bohemio, como se ha dicho: era un hombre austero, le gustaba el orden, la limpieza, saber la hora. "Un hombre verdaderamente hombre —decía— solo lo es de una mujer". Era sano como un campesino. Si usted no sabía que era Vallejo, lo podía confundir con un transeúnte cualquiera.

Su preocupación política está muy presente en su teatro, todavía en gran parte inédito. Son estos manuscritos que usted ve ahí y que, si no estuviera tan cansada, ya hubiera hecho publicar. Entre las dos orillas corre el río, escrita en mil novecientos treinta, so-

bre el tema de una madre rusa con dos hijos reaccionarios y dos hijos bolcheviques, situada unos seis o siete años después de la revolución; Lock out, que ocurre en Francia, pero que hubiera tenido que pasar en España, según me dijo él, y Colacho hermanos o Los presidentes de América, una farsa sobre dos peones ignorantes del Perú que llegaban a presidentes. La piedra cansada, su obra de teatro publicada, no está bien lograda. Pero hay mucha poesía en su teatro y una excesiva preocupación por la justicia social.

Escribía metódicamente; es curioso, pero es así. Y escribía con nada. Era algo verdaderamente trágico. A veces no tenía papel, escribía con un lápiz así, más pequeño que mi dedo meñique. Al principio yo era completamente anticomunista. Vallejo tuvo paciencia conmigo, digo paciencia y no es así: era muy duro. Como si hablara de otra persona, me decía: "Esa mujer es una estúpida en pensar así". Pero yo comprendía rápidamente. Todo el que sufre de ver sufrir está dispuesto a comprender. La gente insensible al sentimiento ajeno no puede llegar a ser revolucionaria nunca. No mostraba nunca sus poemas a nadie. Le molestaba que abrieran su cuaderno. Decía que le "habían robado mucho", pero no era por eso, era porque era un hombre muy cerrado, totalmente hermético.

Era un enamorado perdido de París: le gustaba pasear por sus calles, entrar a las librerías. Pero no era muy lector. Pensaba que un creador no debe leer mucho. Leía sus revistas de arqueología, pero poesía poco. Admiraba mucho a Walt Whitman, a Rilke, a Pushkin, a veces recitaba versos de Esenin. Al que creo



no entendió, con el que fue excesivamente severo fue con Maiakovsky. Le conocimos en Moscú. Maiakovsky entró: era un gigante con bastón. Vallejo le preguntó si creía que la poesía podía traducirse y Maiakovsky le dijo que solo por otro poeta tan grande como el autor. Y los dejé y quedaron conversando. Pero Vallejo no lo comprendió.

Creo que si hubiera vivido más no hubiera podido dejar de socializarse con el sufrimiento. Vallejo dejaba transparentar muy poco su propio sufrimiento. Solo cuando tenía sus crisis, cada cinco, seis meses, yo me daba cuenta. Era un hombre que podía tomarse por corriente. Salvo su mirada. La mirada era algo verdaderamente angustiada. Cuando le miraba usted, su mirada no se detenía en sus ojos o en su rostro, parecía que lo cruzaba y continuaba miles de kilómetros detrás suyo. Yo, una vez, le dije: "¡Pero mírame a mí; cómo miras tan lejos!". ¿Y sabe dónde entendí su mirada? Aquí en el Perú, cuando vi por primera vez una llama: las llamas miran panoramas inmensos y esa era la mirada de Vallejo.

He estado tan sola con Vallejo como sin él. Ahora tengo treinta y siete años de viudez, se dice fácil, pero hay que despertar todas las mañanas durante treinta y siete años, sin un paso, sin una respiración cerca. Quedé casada con él. Nunca me interesó otro hombre, pero un día terrible, una médium me dijo que se había comunicado con el espíritu de Vallejo y que él le había dicho "Georgette quiso seguirme a la muerte, pero yo no quise, quise que se quedara en la vida". Ese día me separé brutalmente de él: me divorcié de Vallejo. Y mientras uno vive con un muerto,

vive con alguien, pero cuando se separa de él, entonces empieza a ver la verdadera soledad, una soledad tumbal, si se puede decir así. Nunca hablamos de felicidad, ni de paz, ni de nosotros mismos: Siempre de la miseria del mundo, de la revolución, jamás de temas personales. Después que lo he leído, he comprendido que hay poemas que me escribió a mí:

De disturbio en disturbio
Subes a acompañarme a estar solo
Yo te comprendí andando de puntillas
Con un pan en la mano, un camino en el
pie...

Ahora entre nosotros, aquí
Ven conmigo, trae por tu mano a tu
cuerpo
Y cenemos juntos, pasemos un instante
en la vida
A dos vidas y dando una parte a nuestra
muerte...

Pero Vallejo jamás me dijo: "Georgette, estos poemas son para ti", jamás. Yo comprendí muy bien que yo no era nada ni nadie para él. Que yo existía para cuidarlo y nada más. Cuando se estaba muriendo me pedía perdón, desesperado, y me decía: "Te he desconocido siempre, tú has tenido razón en todo".

Pero ya era tarde y era innecesario: yo le había amado así.

Un día tuve un sueño curioso. Fui a pedir cien francos prestados a un escritor peruano, muy pretencioso, muy seguro de sí; porque necesitaba rescatar una mesa que había sido de Vallejo. Me los prestó y me dijo: "Lo hago por usted, porque a mí no me importaba nada Vallejo". Yo estaba lejos de imaginar lo que llegaría a ser Vallejo, a quien ahora hay personas que consideran el más grande poeta del siglo. No tenía gran preparación para comprenderlo: sabía que era un gran poeta y nada más. Esa noche me dormí preocupada y en mis sueños apareció, entre las nubes, ese peruano convertido en un Júpiter tronante,

con las mejillas inflamadas de viento y arrojando fuego por la boca, y yo estaba junto a él, y, atemorizada de que aplastara a Vallejo, bajé los ojos y vi la tierra, y de la tierra vi salir a Vallejo, como hecho de un metal especial: salió como esas esculturas surrealistas, él — fotográficamente él—, y creció y me pareció tan grande que desperté tranquila. Era como una llama de metal y su mirada dominaba la tierra. Después he escrito algunos poemas, bien modestos, treinta están dedicados a Vallejo; como este, si lo desea leer:

Severamente bautizada por mis trenzas
Lejos de mí me voy
Todas las horas de mi vida
En sus pequeños ataúdes
Como una estela de tu muerte.